

nes de Comercio contraidas desde el trece de Agosto al trece de Noviembre, serian exigibles siete meses despues dia por dia del vencimiento. Al trece de Marzo tocaba el cumplimiento de aquella próroga; y el trece de Marzo ¡ay! se promulgó la ley. Desde este dia al dia diez y siete de Marzo, hubo en París cerca de ciento cincuenta mil protestos. De suerte que los industriales y los comerciantes; los más devotos á la República conservadora, los más decididos por el orden, los más enemigos de la demagogia, heridos en sus intereses, heridos en su honra, maltratados por leyes que imponian el cumplimiento de obligaciones imposibles de cumplir, retrajéronse de toda intervencion en la política, abandonaron la capital á los ménos responsables y á los más vociferadores, contribuyendo así indirectamente á la revolucion que habia de manchar con tantas sombras los anales de la República.

En medio de esta irritacion apareció como la cosa más natural y legítima del mundo, el nombramiento de un Municipio, de una Comunidad revolucionaria, que dirigiese y gobernase á la gran capital tomada de cólera. En primer lugar, la Comunidad tenia una tradicion; y por las fuerzas, por el prestigio de las monarquías, puede verse fácilmente la virtud de las tradiciones. Las Comunidades, en los tiempos de la Edad Media, habian sido el gérmen de la verdadera democracia. La Comunidad de París, en los tiempos de la revolucion, fué como el alma de todas las empresas atrevidas, como el espíritu de todas las tempestades grandiosas. Ella armó por vez primera al pueblo para mantener la libertad y sus derechos. Ella nombró el alcalde de París, magistratura que llegara á elevarse al nivel de los reyes. Ella demolió la Bastilla, en cuyas piedras rodaron los restos del feudalismo por el suelo sagrado de la gran ciudad revolucionaria. Ella nombró jefe civil de París á Bailly, la ciencia y la virtud; jefe militar á Lafayette, el caballero sin miedo y sin reproche, que nacido en las al-

tas cimas sociales, se apasionó, como un perfecto y antiguo andante, de la libertad, llevando su espada, semejante á un rayo de luz condensado, al Nuevo Mundo para redimir la cuna divina de la libertad humana. Ella tuvo aliento bastante á llamar ante su tribunal á los príncipes como á los simples ciudadanos. Si la sangre vertida en el Campo de Marte, cuando la fiesta sublime de las Federaciones, pudo eclipsarla algun tiempo, su participacion resuelta en la jornada del diez de Agosto, en la guerra sangrienta de las calles, en la matanza del Carrousel, en la toma de las Tullerías, en la prision y cautiverio y juicio y muerte de Luis XVI, volvieron á darle su antiguo color revolucionario. Bien es verdad que ejerció una dictadura horrible, que tiranizó con una tiranía inaguantable, que despobló los talleres y pobló las cárceles, que de Asamblea democrática pasó á Consejo veneciano, que enteró los derechos naturales del hombre y resucitó las prácticas odiosas de la inquisicion; que tomó sobre sí la responsabilidad principal de las terribles matanzas de Setiembre y de las emigraciones subsiguientes; que dejó á Bailly para entregarse á Lascot y á Lafayette, para entregarse á Santerre; que abandonó al verdugo la cabeza de Danton y fué como la impura manceba de Robespierre; pero así las tradiciones se forman, con el completo olvido de todos los crímenes, y con la exaltacion de alguna virtud ó de algun éxito, como la virtud y el éxito de haber requisado todos los caballos, haber reunido todos los jóvenes de París, y en la invasion extranjera haberlos enviado, por milagros de actividad y de celo, á la frontera á pelear como héroes, á morir como mártires, en defensa de la República y de la Patria.

No seamos tan cándidos que nos forjemos ilusiones infantiles. En la mayoría de sus partidarios la Comunidad revolucionaria privaba por su misma tradicion de crímenes, y de violencias. Nuestros pueblos no son pue-

blos que gusten de una quieta y tranquila posesion de derechos pacíficos. Nuestros pueblos gustan de largas y porfiadas contiendas revolucionarias. Para ellos la libertad no ha sido jamás una victoria; ha sido siempre un combate. En cuanto la reivindicacion no saben qué hacer de ella. En vez de dejarla, como la luz que se dilate, que se difunda, que vivifique y anime; la agitan fuertemente en sus manos, como la antorcha de la discordia y de la guerra. No es á sus ojos como la casta vírgen-madre, vestida del sol, calzada de la luna, coronada de estrellas, fecunda y pura á un tiempo, es como la Eumenide que ha de contestar á las matanzas de San Bartolomé con las matanzas de Setiembre, y á la tiranía de Felipe II con la tiranía de Maximiliano Robespierre. Así cambiamos las formas del gobierno y no cambiamos la sustancia social. Fiándolo todo á la fuerza seguimos los imperiosos mandatos de la fuerza. Y como la fuerza es ciega, lo mismo nos lleva hácia la reaccion que hácia las revoluciones. ¿Quién la pregunta á la locomotora de dónde viene ó á dónde va? Sirve lo mismo para arrastrar sus trenes hácia el punto de ida, que hácia al punto de partida. Esa adoracion ciega á la antigua leyenda revolucionaria nos pierde tanto en España como en Francia. Crea conjurados, conspiradores, combatientes, barricaderos, algun que otro dictador afortunado, y no crea jamás verdaderos representantes de la democracia y de la libertad, verdaderos ciudadanos. ¿Cuándo llegarán á persuadirse los dos grandes pueblos latinos que no tendrán la libertad y la República verdaderamente, hasta que las hayan merecido por dos virtudes capitalísimas, por su sensatez y por su prudencia?

Pero, además de estas tradiciones revolucionarias, hay en el fondo de todos los partidos políticos más avanzados una aspiracion verdaderamente incontrastable, la aspiracion socialista. Creen que un dia de alta temperatura basta á fundir las sociedades como los

altos hornos funden los metales. Creen que van á trasformar la propiedad y el trabajo, las relaciones del capitalista con el trabajador, la economía toda de la sociedad en el momento ménos propicio para la reforma, en el momento de la revolucion. Y nada hay tan tardo y lento, nada tan secular como estos cambios progresivos de la esfera económica, que han de resolver los conflictos más terribles, los conflictos entre los intereses. La escuela socialista ha ejercido en las tres revoluciones francesas una letal influencia. En la primera, con las locuras de Babœuf contribuyó á la muerte de la República y al gigantesco golpe de que salió el infame Imperio. En la segunda, autora de la febril agitacion de los trabajadores, autora de las manifestaciones más inconvenientes, autora de los motines diarios, autora de la invasion de la Asamblea en el mes de Mayo, autora de la guerra civil en las jornadas de Junio, desangró al pueblo, lo entregó á merced del tirano. En la tercera, sus insultos á la democracia parlamentaria, á la República conservadora, á los diputados más célebres, al partido republicano más sensato; sus ataques á la propiedad, al ahorro, al trabajo acumulado, sus injurias y calumnias á las clases medias donde está el verdadero apoyo hoy de las instituciones democráticas, sus errores trajeron la Comunidad de París, y con la Comunidad de París estuvieron á punto de traer tambien la muerte, y la muerte violenta, á la libertad y á la República.

El ideal del comunismo ruso habia corrido por Francia como los efluvios de la peste; y habia viciado y podrido las conciencias. Creíase que esta idea moderna de la nacionalidad, era una farsa. Para los reformadores moscovitas, no existen estas personas superiores, llamadas naciones, que sin desviarse del espíritu universal humano, forman su propia ciencia, su propia literatura, sus leyes particulares, y contribuyen á la rica variedad de las sociedades humanas, tan se-



mejantes á la naturaleza. Una aglomeracion de ciudadanos en municipio comunista; una aglomeracion de municipios sin más lazo que el pacto ó el contrato dictado por sus mútuos intereses; he ahí el ideal que oponen á las nacionalidades vivientes, ideal de reaccion feudal, mezcla absurda de la anarquía y del despotismo. Esta teoría rusa pasó como un viento glacial de la estepa moscovita sobre la ciudad de las ciudades, sobre París, y concitó más que ningun otro elemento, aquella Comunidad revolucionaria, ardiente combustion de las pasiones demagógicas.

¡Cómo las ideas más justas se vician! ¡Cómo los proyectos más sensatos se destruyen! La base de la verdadera libertad está en el municipio. Para que un ciudadano sepa regir una nacion, es preciso que haya aprendido antes á regir una aldea ó un barrio. Allí sus virtudes deben alcanzarle el público aprecio y la estimacion universal. Allí los cargos electivos deben mostrarle el arte del gobierno y la inmensa responsabilidad que en el gobierno se contrae. Allí puede recorrer y probar en el ayuntamiento, en las alcaldías, en los jurados, las tres amplias esferas del poder, el legislativo, el ejecutivo, y el judicial. Pero si es verdad esto, si el Municipio tiene semejante virtud creadora, la pierde en cuanto sale de sus límites, y quiere formar la universalidad y la superioridad del Estado. Este es otro de los errores más acreditados en la escuela socialista contemporánea. Despues de haber sus antecesores hecho del Estado político una especie de Estado-Dios, como los antiguos Estados asiáticos, ahora se desploma tristemente en concepto de todo en todo contrario, en el concepto de una sociedad sin Estado, sin ese organismo indispensable al derecho. Así París no se curó para nada de Francia. Su Municipio fué el Municipio ruso, un Municipio-Estado, un Municipio-Nacion. Siempre habíamos creído que reduciendo el Estado á sus menores límites, aun le quedaban tres facultades esenciales; la administracion

de justicia, la direccion de la fuerza pública, que es la seguridad nacional, y las relaciones exteriores. Pues la Comunidad de París se apoderó inconsideradamente de estas tres facultades. Nombró un ministro de Justicia con el encargo de organizar los tribunales. Nombró un ministro de la Guerra con el encargo de mandar el ejército, encargo que en todos los pueblos cultos pertenece á la nacion, al Estado. Y nombró, por último, un ministro de Relaciones exteriores, como si un Municipio pudiera arbitrariamente dirigirse á una nacion, y Francia acabara de ser borrada del mapa. Así la idea absurda de un ayuntamiento comunista, idea esencialmente rusa, que habíamos visto surgir por vez primera de labios de un demagogo en el Congreso de Berna, tomó cartas de naturaleza en la ciudad orgullosa que se creia capitalidad natural de la moderna civilizacion.

El eterno tema de los clubs volvió á surgir al inaugurarse esta crisis terrible. Los pueblos, de antiguo habituados á la servidumbre, tienen dos cualidades generalmente funestas. La primera es su apego á los Apocalipsis socialistas; la segunda es su ciega supersticion por la virtud de los nombres. Durante toda la defensa no habian tenido más que una cantinela todos los demagogos de París. Si la defensa era floja, debíase á que no se proclamaba á tiempo la Comunidad revolucionaria. Si la Guardia nacional no se organizaba con arte y con celeridad á la ausencia de esa institucion salvadora. Ante ella hubieran corrido los prusianos cual si les mostraran la cabeza de Medusa coronada de serpientes. La Comunidad sólo poseia los secretos de la ciencia moderna, y con los secretos de la ciencia moderna, el medio de destruir los ejércitos enemigos. En cuanto los parisienses se vieran regidos por magistrados de la más roja demagogia, volvíanse como por ensalmo héroes, y tomaban las trincheras enemigas, y salían de madre, inundando con el fuego de su cólera hasta Versalles y der-

ritiendo en sus sienes y en sus manos la corona y el ceño de ese férreo rey de Prusia.

Y si esto podía el ayuntamiento en el combate revolucionario, en el combate titánico; podía mucho más en el aprovisionamiento y sustentacion de París. Solamente él tenia fuerza para hacer las visitas domiciliarias, para entrar en la casa de los ricos, para herir los intereses creados, para explorar las bodegas y las despensas, para tasar la comida de todo el mundo, para poner á racion lo mismo los pobres que los ricos, para emprender esa gigantesca cuenta de las subsistencias segun la cual París debía tener víveres suficientes para mantenerse por lo ménos tres meses más en su austera intransigencia. Estas ideas, tan fáciles de divulgar como difíciles de cumplir, se apoderaron del cerebro y del corazón de un pueblo preso durante cinco meses, incomunicado con el mundo, herido en sus más caras afecciones, hambriento y ayuno, trabajado por toda suerte de emociones horribles, caido de su trono en lecho de sangre y fango, puesto en el potro de todos los tormentos, y visitado por la siniestra visita de todos los dolores.

Así, en cuanto vino tras la crisis de la guerra, la crisis todavía más dolorosa de la paz, las muchedumbres exaltadas atribuyeron todos aquellos desastres á la triste ausencia de la Comunidad revolucionaria. Si París sucumbió, si cayeron los ejércitos de provincia, si se ajustaron armisticios deshonrosos, si la marcha triunfal de Garibaldi se cortó, si la derrota terrible de Bourbakye consumó en el Este, si vino una Asamblea legitimista y reaccionaria, si los prusianos pasaron orgullosos bajo las bóvedas del arco de la Estrella, si una paz infame fué prometida y se obligaron á ceder

Alsacia y Lorena, Metz y Estrasburgo, á pagar cinco mil millones de rescate, á consentir hasta la totalidad del pago la ocupacion extranjera en el territorio nacional, todos estos males sin cuento provenian de que ni aun se habia dejado á la gran capital, libertad bastante para un sacrificio como el sacrificio de Bruto ó de Caton.

Y luego, en aquel momento, su comercio estaba en el suelo; su capitalidad sobre Francia, capitalidad de trabajo, capitalidad de riqueza, capitalidad de arte, capitalidad de ciencia, en litigio, más que en litigio, próxima á desaparecer por no haber aparecido jamás la Comunidad revolucionaria. Y á esto se unia la seguridad casi de perder hasta el nombre, por que tantos sacrificios se habian hecho, hasta el nombre sacratísimo de República. Por consiguiente, no habia que vacilar más. Aun era tiempo. Aun se podía acometer la empresa de proclamar la Comunidad revolucionaria. Aun esta forma no experimentada de gobierno podía volver su antigua inspiracion á París, su antiguo vigor á Francia. Los ensueños de la derrota, los ensueños de la desgracia se encarnan tristemente en los Comuneros, en los hombres que habian combatido al Gobierno de la defensa nacional. Subió la demagogia al Gobierno. Convirtiéronse los clubs en Asambleas deliberantes. La utopia extendió su luz de tempestad en el centro donde debía brillar el sol de las ideas. El delirio de la fiebre se sustituyó al calor de la vida. Los extremos de la exageracion reemplazaron á las transacciones indispensables de una política prudente. Y fué proclamada la Comunidad revolucionaria de París. Veamos su triste historia.